



EL MERCURIO AYER Y HOY

«La Greda Vasija», de Alberto Rubio:
Obra que Superó el Propio Mito

POR ALONE

JUZGAR el primer libro de un autor nuevo exige, en cierta medida, dones proféticos: la incógnita del porvenir pesa demasiado sobre el presente y lo desequilibra. Se está en un mirador, se otea el horizonte. ¿Qué camino seguirá? ¿Y habrá camino? ¿O este paso inicial será el último? Si, como ocurre, entre crítico y crítico median varias generaciones, las distancias por salvar se tornan más difíciles y no sorprenderán las resistencias y las reticencias. La palabra queda. Mañana o pasado mañana, éste, ahora en agraz, puede crecer hasta el techo y, desde arriba, inclinarse a pedir cuentas, sonreír. Misterio, otro mundo.

Pero hay que ir al otro mundo.

Hay que dejar atrás los claros clarines, desoir los que, en otro tiempo, fueron aires suaves de pausados giros y abriendo con resolución un diminuto libro leer valientemente:

*Apretada la tierra en la greda vasija,
la tierra que parió el esbelto cactus.
Cada día le veo de mañana,
le llamo: — ¡Fiel amigo, amigo infatigable!
Entonces me obedece el cactus verde,
se adelanta, se esbelta, infatigable,
y yo le digo: — Amigo, amigo verde.
En las tardes parece que envejece.
Pero en cada mañana me lo dice:
— ¡Yo soy verde y esbelto, infatigable,
leal amigo, reciente, madrugador, delgado.
Le vuelvo a llamar fiel y él permanece
en la huida de los días.
Anulador de días, — digo entonces.
Y él me junta los días, los angosta
en su esencia delgada.*

Como muestra, un cactus.

Esto no sólo es preciso leerlo, copiarlo y comentarlo, además, porque no se comprende sino lo que se ama, hay que experimentar por él, amor, sentir con su lectura un delirio.

¿Con estos quisquios, con estas espinas? Con estas espinas y estos quisquios.

Lo admirable es que se le consigue.

Parece que cambiar de gustos fuera más arduo que cambiar de ideas: porque una idea extermina a otra; pero ¿qué hacer con los placeres? Pues, habituarse. Poco a poco se pierden de tanto meterse en brazos de la divina Eulalia, el merced vagamente suspira por nuevos estrechamientos, sueña otra cosa.

Y es así como las escuelas literarias evolucionan y se dice que la literatura progresa. Cada cual que trae algo

POR IGNACIO RODRÍGUEZ A.

nuevo, un detalle, un matiz, una expresión de fisonomía distinta, contribuye al refinamiento.

En *La greda vasija* de Alberto Rubio encontramos, junto a la inhabilidad natural, no exenta de gracia, propia de la extrema juventud, una especie de curioso aplomo y certidumbre, el paso bien apoyado, la mirada directa. Pasa, naturalmente, por donde otros pasaron, y trae ecos de éste y aquél; pero su cactus no se confunde fácilmente en el cerro ni en la ventana, que son los sitios naturales del cactus. Acercándosele sin temor, se le siente una musiquita agria, ingenua, fresca, con audacias que ella misma ignora, provista de seducciones rísticas.

Al primer impulso de rechazo causado por la extrañeza, por ese ostensible propósito de llamar la atención de *La greda vasija* puesta en vez de "Vasija de Greda", suceden la curiosidad, luego el interés, por último, arma de doble filo, interviene la maravillosa costumbre que, así como nos priva de nuestros placeres, nos priva también de nuestros dolores y acaba devolviéndonos, cambiado, el disfrute.

Dejan de sorprender las asperezas, no chocan tanto los desertores y se concluye suborstando el desabrimiento.

El cactus, sea dicho en descargo del autor, lo contiene en mayor que sus demás poetas. En otras hay, incluso, ingenio, casi greguería, como aquel trolo que viene "con las nalgas sentadas" en una página típica de mal humor. O juegos de palabras barajadas, como en «Sandía»:

"Por un hondo camino me aproximo a la historia — que en la honda sandía me sangra frescamente". Alberto Rubio tiende con facilidad a convertirse en el paisaje, en su circunstancia, panteísticamente: "Después de beber vino, durmiendo junto al río — me quedé; y el sueño me corría vena a vena — y el vino, vena a vena me soñaba".

Así, dejémosle, un tanto cbrío de juventud y novedad, renunciando, creciendo confusamente hacia el misterio.

«El Mercurio» 28-12-1952.

revela lúcidamente María Nieves Alonso en el prólogo de esta reciente y tan necesaria edición de la Universidad de Concepción.

Necesaria porque *La greda vasija* requería salir del mito para ingresar a la historia de nuestra literatura, pues ella fundó en su "extrañeza" de 1952 las certidumbres de una nueva sensibilidad que nos conducen hasta Zurita: las de un "panteísmo" de original cuño, codificado con insuperable maestría en uno de los poemas más memorables de nuestras letras, *Cactus*, que condensa en cuanto símbolo las contradicciones fundamentales de la vida: el peligro y la fertilidad, el envejecimiento y la renovación, la trascendencia misma en la humilde materialidad de una planta que nace y "se esbelta" en la elemental greda vasija (tierra-vagina), fiero y filo donde se anuda los días y se perpetúa la utopía de la eternidad.

Pero la calidad de *Cactus* no opaca la de otros poemas de este libro fundacional. No es posible, por ejemplo, dejar de mencionar *La Abuela*, texto de su alucinada espiritualidad, ni *La Ventana*, en el cual se consolida el terrenal misticismo de este poeta que, arrebatado de azul y de aire, confiesa que "Pajareando me fui, cantando aéreo". ¡Ya era hora de multiplicar los cuatrocientos ejemplares de 1952!

LA GREDA VASIJ

Alberto Rubio.
Ediciones
Universidad de
Concepción,
Concepción, 2000,
47 páginas.

Obra que superó el propio mito [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Obra que superó el propio mito [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile